

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.

PERIÓDICO SEMANÁL DE BELLAS LETRAS.

PRECIOS DE SUSCRICION.

PARA ESPAÑA.	PARA EL EXTRANJERO.	PARA AMÉRICA.	PARA FILIPINAS.
Tres meses. 10 rs.	Tres meses. 24 rs.	Tres meses. 30 rs.	Tres meses. 40 rs.
Seis meses. 18	Seis meses. 40	Seis meses. 50	Seis meses. 64
Un año. 28	Un año. 76	Un año. 90	Un año. 112

NÚM. 3.

Domingo 15 de Marzo de 1868.

UN REAL.

SECCION I.^a

EL INGENIOSO HIDALGO

D. QUIJOTE DE LA MANCHA.

TERCERA PARTE.

CAPÍTULO I.

— Pues ahí están ótros dós, como dos soles, dijo Sancho; y bien se vé la paja del ojo ajeno, pero nunca la viga que háy en el nuestro, y si en tu casa cuezen habas en la mía á calderadas, y callar es bueno.

— Dije que basta, gritó desesperado Don Quijote; que todo pide en el mundo peso y medida, y á tí no se te alcanza nada de éso. Pero, ahora en paz; advierte, hijo, que despertaste en mal hora inagüantable: y mira que yó nada dige de corcovado ni deshecho, ni de angéos ni lexias, ni de todo ese tu tropel de descónciertos: ni tú quisiste decir mucilagos sinó endriagos; y aquellos hilamientos y agrávios enderezados aún vienen mucho menos á este caso.

— Pelitos á la mar, dijo Sancho, que vuesa merced yá me há entendido, y yó me entiendo: que si su merced á caballeros, más que á escuderos, dá en corregir todo lo mal dicho, digo que es poco y muy poco el suplicio de Tiéntalo.

— Tántalo, y no tiéntalo, con mil diablos, dijo Don Quijote.

— Tóme el tiento su mercéd como quisiere, contestó Sancho, y andemos todos con él, y vayamos andando.

— Eso sí, dijo Don Quijote, y en la tardanza está el peligro. Mas lo que á la sazón interesa és que Rocinante mueva los pies y las manos, que parece como entumecido con el reposo; y la desidia y la pereza siémpre se dejaron perder la buena ventura, y sabes que me está por la suerte encomendado resucitar la muerta

edad de óro en ésta de barro frágil que ahora pása.

— No había terminado estas palabras el bravo y perseverante caballero, cuando se alegraron los campos, riéronse los valles, los montes movieron suavemente sus plumeros y las modestas áuras llenaron los espacios perfumados de glória y de contento. Y las sencillas áves prorumpieron en cánticos festivos; y un ástro, mas que sol, inundó al órbe en raudales de luz; y en todas partes resonaron muy tiernas armonías.

— Yó, El Bachiller Avellanado, aún no bien repuesto de mi asombro; deseoso de palpar la realidad de tanta maravilla, salime de entre un grupo de rosales, que me había servido de escondrijo; y, acercándome, muy humilde, al Caballero, me atreví á dirigirle estas palabras.

— Perdonarme há la vuesa señoría, Señor Don Quijote: pero, desde mi extraordinaria llegada á éste no averigüado pais, créame el Señor Andante, que no alcanzo, ni con mucho, toda la seguridad y convencimiento que se necesitan, para comprender lo que advierto, siénto y júzgo que pása. Bien se me ocurre que debéis sér El de la Triste Figura, porque hablar os oí, y basta véros para pensar de vós correctamente: ni créo que con ótro podáis sér comparado ni confundido. Pero, dado que sóis tan bravo como accesible, os suplico me digáis, como por remedio de conciencia, si verdaderamente sóis vivo, y si ejercéis aquí todas aquellas necesarias funciones que lícitamente se úsan sobre la tierra, y si éllas van con todo aquel compás y regularidad que las corresponde.

— Escéptico y curioso en demasía os venís á estos ignotos lares, caballero, respondió socráticamente Don Quijote; mas, sin méngua de mi profesion puede acorreros mi persona en vuestro conflicto, puesto que nada por éso se



menoscaba la orden de la andante caballería. Tomád éstos cinco que la fama celebra por todos los ámbitos del mundo, y palpád y convencéos. Ésto es cuanto al caso viene y conviene; porque lo atinente y tocante á las funciones naturales lícitas que preguntáis, la verdad és que no se me acuerda muy claramente.

— Ni á mí, dijo, encojiendo los hombros el buen Sancho.

— Pues, en el mundo, continué, por tan muerto pasáis como mi abuela; con el bien entendido de sér «*folloncico de táte, táte,*» él que os resucite.

— ¡Báh!, respondió Don Quijote: «*Post tenebras spero lucem,*» tengo dicho por boca de mi coronista; y que yó no prohibía que de mí hablasen, sinó que mal hablasen; además de que es sabido, que el inmortal Hidalgo de la Mancha no puede sér escrito por solo un hombre, mortal por naturaleza y por destino. Esto no es más, señor caballero, sinó el plazo de mi compromiso de Barcelona, que debe haberse cumplido, en esta agradable mansión de encantamento.

— Por ahora ésa y ven por ótra luego, dijo Sancho; y, ¡mal año si el caso no es de cuenta! Cuanto más, que á Torralba llevaron en volandas caballero en una caña; y, ¡sobre éllo morenal!

— ¿Qué murmuras ahí, Sanchuelo? dijo Don Quijote.

— Digo, contestó Sancho, que aquí estamos todavía tan sanotes y teretes; y en cuanto á lo de haber muerto yó, ó mi ámo, ¡á otro perro...! que la muerte no tuvo tanto império; y lo del *táte, táte*, deberá sólo de ir con folloncicos.

— Más has dicho que sabes, Sancho, contestó Don Quijote.

— Pues, libréles Dios á sus mercedes, añadió, de salir á campaña por la vez tercera; y á fé mía, que les cueste cara la osadía.

— Señor mio, contestó Don Quijote, entendámonos, por fin y postre, que fuéa pesado caso llegar á lo último. Muérense ciertamente aquellos hombres que dejaron todo blanco el libro de sus fazañas: muérese el pobre avaro ó ambicioso: muérese, sobre todos, él soberbio y él pusilánime, y en medio de su baldon él egoísta; mas no muertos, sinó inmortales son aquéllos, que pasaron en magnanimidad toda su vida, amparando y socorriendo al necesitado, procurando el mayor bien por todos los médios; con lo cual su merced debe tener por mencionada la orden de la andante caballería. Y aquí no hay que llegar, y punto y aparte.

Y quisiera yó saber agora, señor mio, que fuéa de este mundo sin sus héroes, y que es lo que fuera el héroe con la muerte. Cuanto mas, que bástala, y sobra, leér cualquiera historia de andantes caballeros para darse á entender

cumplidamente que tuvieron todas fuerzas sobrehumanas, como puede convencerse su señoría con los mas triviales recursos de la aritmética; digo, con sumar los tropiezos y trabajos, golpes, tájos, reveses y pasagonzalos que sufrieron, lós cuáles no hay hombre á sécas que sobrellevar pueda. Pruébalo así bien hasta la saciedad y el hartazgo el amor del hombre, yá sábio, yá ignorante, á lo maravilloso; así que hoy sus señorías por fuerza han de escribir de caballerías; y afirmolo desde aquí, redondamente. Y quédese en tal estado este negocio; pues que, si necesario fuese para mi vida, romper la balla y hierros de la muerte, tal paso no se ha de dar, que está yá dádolo; y de que es inmortal Don Quijote de la Mancha darán á todas horas testimonio todos aquéllos á quiénes quisieren buenamente preguntarlo.

— Ese és el golpe, dijo Sancho; y él que pregunta no yerra, y chico pregunton larga esperanza; y á preguntar he venido que soy de fuéa; y así pregunto yó ahora al Señor aparecido; que, ¡mal año para el su vestir, que se me ha indigestado! ¿y quién és (si puede saberse), su señoría, y en dónde estamos?

— Yó soy, respondí, improvisando una cortesía y quitándome el sombrero, el Bachiller Avellanado.

— ¿Bachiller? dijo Don Quijote: Y ¿por donde bueno?, si es que la su merced no lo há por enojo.

— Por Valladolid, respondí, y «*enémine discrepante*»; que es así hacer las cosas como se debe.

— No hay duda, dijo Don Quijote, sinó que su merced será, no bachiller sólo, sinó bachillerísimo, y que me pláce. En lo de avellanado sácala cara por vós vuestra misma persona; pues lo sóis, á mas no poder, y en tales términos, que podeis apostarlas á cualquiera, y aún darle dos avellanas de ventaja.

— Y, así Dios no me sálve, dijo Sancho, como hemos quedado medrados en cuanto á lo primero; y por lo segundo, ¿podremos saber en dónde estamos?

— No diré mas acerca de éso al buen escudero, contesté; sinó que no lo sé en manera alguna.

— Mal me encontraba ayer, contestó Sancho, pero, lo que es por hoy dicen que me muero. ¡Y qué fortuna bachillerarse para ser entendido!

— Siémpre fuiste gran estúpido y testarudo, replicó Don Quijote; ¡ni qué tienen que ver los bachilleres con los encantamentos! Mas, para tí toda enseñanza es infructuosa, y el tiempo y la experiencia todo en bálde.

— Dios sabe la verdad, contestó Sancho; y él haga la salida como la entrada, que no me acuerdo de élla, que es señal buena.

— Y con ésto comenzó á andar pasicorto Rocinante, que salia á nueva luz con cuanta pesadumbre y congoja pueden imaginarse; sin que cónste cosa alguna acerca del rúcio, por ser corriente que nunca tuvieron circunstancias (por su ventura), las gentes de poca categoria; pues nó dicen de éllas cuando se acuéstán, ni cuando se levantan; ni si las sus mercedes duermen la noche en una hébra, ó en dós; ni si gustan más de ésto que de aquéllo ótro: punticos todos propios y precisos del compás de los hombres señalados, á quiénes, más la envidia y la lisonja que no el afecto, miden y tratan las acciones á todas horas.

Y dijo Don Quijote:

— Yá vánse manifestando los hados más propicios, Sancho amigo; con que seámos caballeros de lós que á sus aventuras ván: pues, te júro en mi ánima, que, ó del todo me engaño (y no lo creo), ó ha de haber ahora más malandrines que castigar que jamás hubo, y más entuertos que enderezar que jamás se viéron, segun lo que desde aquí óigo y escucho.

— Y era así la verdad; porque se sentía en el piso superior (que es nuestra tierra), ruido y fragor como de tormenta, y grande alboroto y algazara, carreras, voces y chillidos, saltos y risadas de gente alborotada, ó en quimera, ó en miserables, tristes pasatiempos.

— Pero, ¡cuánto, dige yó, Señor Don Quijote de mi vida, habeis sido manoseádo, comentado, escamoteádo, y echado á perder! ¡eso dá lástima!

— Créo todo éso muy bien, señor Bachiller, contestó el caballero, segun íbamos andando. Y por ahí puede calcular su merced lo que son juicios humanos, y cuán grande sea el poder del amor propio. Presuntuósos ignorantes siémpre hubo muchos, que deséan celebridad á poca costa. Pues, para gobierno de su señoría, sepa que en mí y en mi coronista no hubo más que vocacion y sazón de edad; y no hay otro arcano alguno; y así al marino de raza no hay que enseñarle los vientos, ni la estrategia ál que nació guerrero. Si los génios fuesen hijos de sus maestros, éstos, y no los ótros se hubieran immortalizado. La verdad y la sencillez fueron mis compañeras, y todo está en ver bien y hablar bien claro.

— ¿Con qué, su merced, que todo lo sabe, ahora sabrá también adónde vamos?

— No tanto podré decir como todo éso, Sancho; pero sé que somos los únicos que andar podemos, de tantos como aquí háy por todas partes.

— Si háy, dijo Sancho; y todos estos caballeros, que ver se dejan en tanta abundancia, paréceme que debieran sér mas bien criádos; pues ni una sola palabra dicen á nuestro paso,

ni dan señal de vida en modo alguno: y así, pienso yó, que deben ser todos éllos de la familia de Garibáy, cuya álma dicen se halla en tal estado.

— Sonrióse Don Quijote de la simpleza de Sancho, y compúsolo todo luego con el encantamento, que creyó sér la sola causa de tantas cosas. Y andando y mas andando, fueron á dar al capítulo siguiente, que es uno de los mejores de esta história.

CAPÍTULO II.

Que viene á ser como continuacion dél que está primero.

Yá con la conversacion habian andado caballero y escudero grán trecho de camino, todo cuesta arriba; y yá se oscurecian las blancas luces y contornos del encantado palácio, tomando las cosas todas alguna semejanza con lás que aquí en la tierra se ven y úsan, cuando relinchó Rocinante, y el rúcio, por envidia, dió tambien al áire su desafinado, fuerte y ronco acento, ló cuál pareció á Don Quijote muy buen agüero. Sancho iba sintiendo necesidad y debilidad su ámo; señales evidentes de que el uno y el ótro se acercaban al mundo, en él cuál la mayor parte de las gentes padecen sin cesar una cosa ú ótra. Cási se disponia el escudero á requerir la alforja para saber lo que en élla se habia conservado, cuando de un escondrijo oscuro y rematadamente húmedo, con grave paso, añoso continente, barba luénga, talar pardo y larguísima melena, salió un anciano sugeto, apoyándose en un grueso cayado de ñudosa encina.

— Aventura tenemos, Sancho, dijo Don Quijote.

— Olfateábala yó yá, contestó el escudero, que ésto há tenido siémpre el desfacer agrávios y meterse á enmendar vidas ajenas: y cuidados ajenos matan al ámo, y ¿qué me tengo yó con ló que no es mío?

— El caballero, al ver los pequeños, blancos y hundidos ojos del anciano, no túvo por exceso el prevenirse; y Sancho, ya experimentado en las cosas inciertas y cási siémpre pesarosas y apesadumbradas de la caballeria, detuvo prudentísimo el paso de su compañero de fatigas para ver de lejos las fazañas de su señor; ó, por mejor decir, sus resultas; pues que él por ningún motivo habia de mezclarse en la contienda. Don Quijote, digo, que se preparaba á la batalla, cuando él de las barbas dió al áire su oscura y pausada voz de esta manera.

— Nó háya, señor caballero, en la vuesa merced ni ánsia ni zozobra, sinó alegría y contento. Cumplido se há yá el tiempo del compromiso con él de la Blanca Luna, años mas ó menos (pues aquí se cuenta siempre en nú-

meros redondos), y há llegado el anhelado día predicho por vuesa merced en otro tiempo.

— Dábamelo el corazon, dijo Don Quijote.

— Ni recibo ni doy, exclamó Sancho.

— Aquí están yá otra vez, grácias al benigno Cielo (prosiguió el anciano), la vida espiritual y el heroísmo en campaña, y en competencia con la pequeñez del egoísmo. ¡Así los potentes Cielos favorezcan y premien tus batallas, como és noble tu mision sobre la tierra, oh generoso Hidalgo de la Mancha! Entre paréntesis, hermanos: así como trescientos años dormisteis encantados.

— ¡Santa Maria, y gran pecador de mí (contestó Sancho), y qué és lo que está diciendo ése carcomido!

— Como três y dós son cinco, dijo el viejo.

— ¡Valedme lás ónce mil con los innumerables de Zaragoza! continuó Sancho: y atájenme esas borregas que se desmandan; y qué será de mi buena Teresa Panza, y mi pobre Sanchica la desventurada! Y digo que reniego mil veces de la caballeria y ótras mil de todas sus trazas y disparates: y ¡mal háya quien la parió y la trujo al mundo, y quién se dió á vivir con tales modos!

— Ahora te digo, Sanchuelo, exclamó Don Quijote, que me rondan y rodéan las mayores y mejores ganas que jamás tuve de ser caballero solo, sin comitancias. Pues, ¿no sabes malaventurado, follonzuelo, que todo ésto vá por vía extraordinária? Pues no háy sinó dar á la perinclita órden que profeso el mismo camino y medio que la comun humana vida y cuénta que se fué toda por esos suelos. Y, ¿en dónde te halláras yá, á no sér por la órden que así osado y villano ahora escarneces?

— Lloraba Sancho raudales de pesadumbres, y apuñábase el rostro con ambas manos; y gemia, pateába y hacia aspavientos tales, que era cosa de ver su obra y su priésa, miéntras proseguia su señor de esta manera.

— ¡Sancho! ¡hijo Sancho! ¡Sanchillo! Advierte, ahora, en vez de llorar, y contempla como este encantamento fué sobre todos profundo é imponente! ¡y como mónta y se paséa sobre todos lós hasta ahora conocidos, incluso él del señor Villena él redomado.

— Déjeme su merced, por amor del Señor, contestó Sancho; porque ésto se sube y remonta sobre todo lo visto y oído, y no háy quién pueda llevarlo en su paciencia.

— Ahora miéntes, que no se te puede sufrir, contestó Don Quijote. Pues, ¿y qué són ni pueden sér, bien contados, esos tres siglillos de sueño en la órden de la andante caballeria? Y así llamé tu atencion sobre este asunto, sólo por lo que tóca á los presentes días, en lós que todo será menudo y raquítico, sin que siquiera

merezca mencion expresa: pero elévate, Sancho, á los tiempos de oro, digo, á los propios y clásicos de los inmortales caballeros, y verás que te quéjas de puro vicio.

Andante hubo que se durmió como un mil de años, y á nádie le há ocurrido todavía incomodarse por cosa tan poca. Sin ir mas allá, ni siquiera contar con los siete durmientes, podrás encontrar cosas mucho mayores. Pues qué; ¿piensas tú que aquellos gigantazos, que con un paso nada más trasponian los mares, fueron contenidos en los comunes, escasos límites de la humana vida? Pues, cierto que élla sola no bastára para criar una pierna tan sólo de aquellos cuerpos, cuanto más toda su estampa inusitada.

Y, ¿qué diremos de la existencia de aquellos caballeros que así se burlaban de la muerte? ¿qué sin más médicos ni letuários que un pedazo de pan, mal mascado, juntaban, encolaban, pegaban y componian todo su cuerpo, dividido por medio por el certero revés de algun mandoble? Pues no háy otra salida, sinó que eran, cual nosotros lo somos, prodigiosos. Por todo lo que júzgo esta digresion impertinente y ociosa, y que debe seguir su conversacion el señor anciano.

— Compusimosla bién y se hizo pedazos; dijo Sancho.

— Pues, yó, señores míos, continuó él de las barbas, soy el anciano Atapuerca, génio tutelar de esta caverna renombrada: porque es de saber, que no háy cosa alguna, por indiferente que á los hombres pareciére, que no tenga su gúardián que la proteja contra la destruccion de los humanos. Al crear la Providencia una maravilla créa un protector que la conserve, de los que el mundo lláma aficionados; pues sinó pereciéra brévemente. Yó, pues, obtuve en el reparto esta gruta, que dá entrada á la glória de los génios.

Yá vés, le dijo á Sancho Don Quijote, donde con ser villano, é ingrato, estuviste.

— Donde estoy yó és en mis tréce, replicó Sancho. Y yá que hablamos de éso, señor Carapuerca; ¿podrá decirme su merced que glória, ó qué calabaza, es ésa que á los señores génios pertenece? Porque á mi pareció lugar sin pena ni glória, como lo atestiguará mi ámo, si le placiére.

— Pues estos señores estánse aquí así por años, y siglos, muy llucos en silencio todos estáticos. Mas tienen para su consuelo vários escuderos, que lavan á cada génio tres veces la cara en lo que llamar pudiéramos un día, con lo que todos están así tan fréscos.

— ¡Para mi santiguada (dijo Sancho), y cómo engordarán con lavacarás!

Al número siguiente.

SECCION 2.^a

ROMANCES ESPAÑOLES.

BERNARDO DEL CÁRPIO.

III.

Se consulta.

Solo está el Rey Don Alfonso
Paseándose en la sala
Porque Bernardo del Cárpio
Le ha dicho graves palabras.
La verdad roncha le hizo,
Que la verdad es amarga
Luchando fronteramente
Con el poder del monarca.
En ésto vá que en el mundo
Aduladores se hallan,
Que si no hubiera amor propio
La adulacion no agradára.

Y aquí de los expedientes
Que en tales casos se gastan;
Pues ordenó Don Alfonso
Que al punto se presentáran
Los hombres ricos, caudillos,
Y gentes que están en gracia,
Los letrados, los ancianos,
De los que tienen mas fama,
Y les dijo: «Sabéd todos
Como él del Cárpio demanda
La libertad de su padre
Que en hierros preso se halla,
Porque contra Nos anduvo
En parcialidades várias.»

Apenas aquésto oyeron
Las gentes allí juntadas,
Viendo al Rey en una parte
Y á Bernardo en la contrária,
Y en sus manos aquel peso,
Inclinaron la balanza.
«Digeron que del Rey era
Vengar afrentas é infámias,
Hechas por bajar de preço
La magestad soberana.»

Así al Rey á sí traían
Al del Cárpio así infamaban,
Que la ocasion los menguados
Acostumbran hacer calva.

El Rey oyoles de grado,
Les despachó dando gracias,
Que duraron todo el tiempo
Que puede triunfár la infamia,
Que como tormenta ruge,
Y como nublado pásala.

IV.

El Castillo.

El del Cárpio ya sospecha
Lo que el Monarca resuelve,

Y perdiendo la esperanza
De alcanzar lo que pretende,
Al punto mónta á caballo,
Sale al campo y dice y siente:
¡Mal háya los fieles fechos!
¡Mal háya los hombres fieles!
¡Mal háya los consejeros
Y el golpe que dá el aleve,
Y el tiempo que gasta el hombre
Pretendiendo empresas célebres,
Donde al compás de la fama
La envidia insaciable crece!

Hiciéranle menosprecio
Al fijo tan solamente,
Mas si tratan de su padre
Compasion, no más, merece.

No quieras parecer grande
Ante los que mucho pueden,
Que él grande quiere sér solo
Y tener déudas no quiere,
Pues del deudor al esclavo
Distancia corta se advierte.

Despues de dias y noches
Que camina sin saberse
A dó marcha el caballero
Por tierras de los infieles,
Abismado en pensamientos
Que incesantes se revuelven
Como nubes de tormenta,
Cual olas de mar rugiente,
De Salamanca no lejos
Con el álba se aparece
Un monte cónico, adusto,
Sin vegetacion ni gente,
Y á la cumbre dá los pasos
Diciendo cual si le oyesen:

«Este será de mi nombre
El lugar mas prepotente,
Al que llamarán del Cárpio
Las edades que vinieren.
Mi nombre he de darle, digo,
No él á mí; que bien se advierte,
Que roca por roca fiera,
Más soy yó, que soy viviente.»

Y allí se fundó el castillo
Mas altivo, firme y fuerte
Que en anales cuenta el órbe
Hasta los tiempos presentes.

V.

A cuál mas nóble.

Si viste, lector, al águila
Revolverse allá en la altura
Alrededor de su víctima
Que en el valle se dibuja,
Y como bája cual rayo,
Y cual enarca las uñas,
Y como agarra su presa,

Y como la descoyunta,
Y devorarla en un punto
Cual la complace y la gusta,
Ves yá de Bernardo el Cárpio
La particular figura.

Venganza quiere tan sólo,
Su encono vengarse busca,
Y vé que su vida es poco
Para lo que congetura,
Y así de pensar no cesa,
Y en tentar á su fortuna.

Corréos tiene en las áves,
En rojas llamas que ondulan
Sin cesar toda la noche
Su language á la moruna;
Atalayas en los montes,
En las águas sordas grutas,
Y es el águila de día,
Por la noche la lechuza,
Volcán dentro de los muros,
Y langosta en la llanura.

En tréinta légüas en torno
No se ha visto un hombre nunca
Ni en barrancos ni en pinares,
En lo abierto ó la espesura
Que se libre del acero,
Yá espere en batalla ó huya,
Que no escarbe al pié del muro
Su sangrienta y triste tumba.

Dirías que del averno
Se desataron las fúrias
Sin que el sueño dé á los ojos
Esperanza ó paz alguna;
Y así por España toda
De Bernardo se pronuncia
El nombre con tal espanto,
Con terror tál y pávura,
Que á su derredor sangriento
Un génio hasta el áire enluta,
En que los écos se apagan
Y las miradas se entúrbian.

Apenas de esta manera
El señorío asegura
El Caballero, y levanta
Su blason, y apenas junta
A sus antíguos cuarteles
La reversa media luna,
Al Rey escribe diciendo:

«Don Alfonso el Magno, escucha
Como Bernardo del Cárpio
Sabe vengar las injurias;
Como cümple, como pága
Como piénsa y como triúña:

Ya tienes en estas tierras
Villas ciento, légüas muchas
Que él del Cárpio ha conquistado
Frente á frente, una por una;
Y pues yá todas son mías
Sabes bien que yá son túyas.

Y porque vengado quédo
Quéda á Dios: deuda ninguna
Entre el Rey y el Caballero
Resta yá; pero procura
Que en tu réyno sean todas
Cual la mano de esta pluma,
Pues no todas así escriben
Ni todo hombre así las úsa.

Quién venza moros ya tienes,
Quién se venza, cälle y súfra
Podrá ser; mas por ser raro
No hagas de éello prueba nunca.

VI.

Como media hora ha pasado,
Ó menos, en el Castillo
Desde que partió el mensaje
A llevar al Rey lo escrito,
Cuando al lejos entre el polvo
Se vé venir un caudillo
A escape, por lo que ánda
Comparado con los riscos.

Al salir del erial blanco,
Y al entrar en el campillo,
Cerca yá de la ladera,
Se vé el almete bruñido
Relucir, aunque no mucho,
Pues el cielo, ántes tan limpio,
Llora ya pausadamente
Gruesas gotas hilo á hilo.

Blason castellano tráe
En la cimera y el cinto,
En el frontal del caballo
En el gavián y estribo,
Porque es del Rey mensagero
El guerrero que ha venido.

Suena el clarín; rechinando
Cáe el puente levadizo;
A torno ván levantando
El torpe, herrado rastrillo,
Y formados en hileras,
Como rocas en su sitio,
Cién guerreros rinden mazas
Que ótros cién jamás se han visto.

Bernardo franco recibe
El rollo que le han traído,
Sellado con cera roja,
Atado en cordon morisco,
Y se torna el mensagero
A marchar como há venido,
Velóz tál como las áves
Sobre el cordobés altivo.

Él del Cárpio por la rampa
Vá subiendo del Castillo,
Temblando leér el pliego,
Impaciente por abrirlo,
Que teme, quién nunca teme,
Un poco de pergamino.

Rásga al fin la cerradura,
Con la hoja del cuchillo;
Los malos renglones lee
Al menos de cinco en cinco,
Que dicen así en buen orden,
Y no cual los han leído.

«Marchásteis á Salamanca
El del Cárpio tan solícito,
Que no esperásteis mis órdenes
Ni hubo tiempo de escribiros.

Sabéd, pues, que vuestro padre
Finó yá; mas no en los grillos,
Porque estando yó en los vuestros
Mal pudo estar en los míos.

Nada le faltó en el mundo
Mientras en él há vivido;
Mas háy hombres que no pueden
Habitar consigo mismos
Porque el alma no les cave
De su cuerpo en el recinto.

Hoy los fúnebres deberes
Con vuestro padre hé cumplido
Como debe Alfonso el Magno
Con el padre de tal hijo.

El cétro que tengo os diéra
Por dáros algun alivio,
Pero valen más que el cétro
Las lágrimas que hé vertido».

Desde tal día el guerrero
Por España no se ha visto;
Y tiempo andando, se encuentra
En Aguilar, en un risco,
Su tumbá con las cenizas
Que algun monge ha recojido,
Por no caver en techado
La historia de tal caudillo.

SECCION 3.^a

COSTUMBRES, FILOSOFÍA, CRÍTICA.

LA RISA.

Así como para medir el calor atmosférico háy un instrumento que se llama termómetro, para conocer la temperatura del hombre háy un gesto que se llama risa: la risa es, por lo tanto, el termómetro de la humanidad.

El hombre físico es una redoma chiquita en que está encerrado el hombre moral; y como éste es mas grande que aquél, se sale, á veces, fuera de la redoma. Uno de los modos de salirse es la risa.

Así que, la risa, en algun modo, es la arruga, ademan ó dobléz del cuero, ó pellejo, puesto en movimiento por el contenido en la corambre.

El animal no se ríe porque no tiene á nadie dentro de sí: no tiene más que lo necesario para probar que la materia sola es impotente. El instinto.

El hombre moral es un prisionero que está impaciente por alcanzar su libertad. Se asoma por las ventanas de los ojos, rebulle agitando el sistema nervioso, alborotando el cuerpo y aun haciéndole ejecutar ademanes violentos como la risa.

Así que el hombre se describe, define, denuncia y evidencia por la risa.

La calma chicha humana se conoce por la falta absoluta de la risa.

Háy quien tiene por necesario no reírse nunca, y no sólo es un calma chicha, sino un estático chichon.

El que contiene su risa tanto, es un tonto: él que no se ríe por temperamento tampoco llora; y Dios os libre de semejante ciudadano.

La risa es el fin á que aspira constantemente la humanidad. Es el mas poderoso agente de la tierra. Y lo digo porque es la risa lo que mas caro se paga. Todo el mundo dá su dinero de buena gana, y las gracias, al que le hace reír. ¡Aun el positivismo!

El hombre que necesita poco para reírse es bueno; él que necesita algo más es mediano; él que necesita mucho es malo: él que no se ríe jamás es un bribon ó un estúpido.

Cuando veo espectáculos que á fuerza de exagerados y ridículos disparates buscan la risa, y que tales espectáculos duren mucho tiempo, digo que la sociedad está en estado, etc.

El hombre bueno siempre está sonriendo; y es que el hombre moral se frota las manos dentro del hombre físico y dice: «¡Magnífico! ¡Me encuentro nivelado! ¡Esto marcha! ¡Y ensaya una cabriola.

Cuando uno se ríe se agita el estómago, se dilata la boca y los ojos lloran; y es que el hombre interior está bailando, y arruga la alfombra con el jaléo, y ha comprimido la esponja húmeda que le rodéa.

El niño ríe á todas horas; aun durmiendo: al hombre que viviera dos veces en este siglo se le suprimiría la risa.

La risa no se puede fingir; él que quiere finjirla produce un gesto endemoniado. La risa de un usurero por ejemplo.

El Universo, que es el rostro del Criador que nuestra asendereada humanidad puede ver, tiene risa. La primavera verbi-gracia; la salida del sol, los arroyos, las hojas de los árboles, las amenas campiñas; pero, más que todo, el porvenir. Jamás he visto más expresivo rostro que el suyo, yá para la risa, yá para el llanto. El porvenir tiene su casa en otro mundo; pero viene á paséo por el nuestro viajando de incógnito.

La risa tiene un hermano gemelo que es el llanto, y vienen los dos seres juntos siempre, unidos por el pié como Cástor y Pólux. Si la risa viniese sola sería la felicidad; para reír hay que llorar.

Este mundo es antitético: aquí todo es efecto de contráste: comedia de magia: tramoya de efectos.

De una vida llena de nobles sacrificios brota un torrente de risa. El placer es fuente de lágrimas.

El siglo diez y nueve busca jadeando la risa en los placeres. La cuadratura del círculo. Y se desespera por no poder saciar su deséo. ¡Esto es grande!

La risa, considerada en sí misma, tiene su habitacion de gran señora.

En la calle de la Abnegacion, núm. 1.º, cuarto principal, derecha.

La risa es el testimonio de la aprobacion de nuestras cuentas bien rendidas y halladas buenas.

Por éso no se rien las bestias.

SECCION 4.^a

VARIEDADES.

VERSOS DESLOCADOS.

Lós del número anterior.

Si no temo perder lo que poséo
Ni deséo tener lo que no gózo
Poco de la fortuna en mí el destrozó
Valdrá cuando me elija actor ó réo.

Componéd éstos de Quevedo.

Para si súbes, si subiste bája,
Que ascender á rodar és tu camino;
Pues, quien descende logra desatino;
Mas si has llegado, de la cúmbre ataja.

Solucion de la charada del número anterior.

Es—tra—ta—ge—ma.

CHARADA.

1.^a

Es una unidad: esa unidad puede representar la cosa mas apetecida ó la mas despreciable; la mas noble, bien usada, ó la mas vil por el abuso. Esa unidad es un tósigo que mata grandísima porción del género humano.

2.^a y 1.^a

Es lo que haces, lector, apenas ves en tus manos un *nó* de tu muger amada, escrito en una carta, pocas veces modelo de ortografía. Lo mismo haces cuando ves la ingratitud del premio fuerte de la lotería, que huye de tus brazos para él siempre abiertos y cariñosos.

4.^a y 5.^a

Es oficio especial del bello sexo: tambien de los más rastrosos seres de la tierra: tambien de los más celebrados diplomáticos: tambien de los habitantes de nuestras costas geográficas.

4.^a y 1.^a

Són las peóres lúces de este siglo: pésimas en las manos de la prensa política y literaria.

5.^a y 4.^a

El adorno y la vida del mundo: se parece al lino en la igualdad con que nace, crece y se presenta en sazón en su tiempo oportuno.

EL TODO.

La llave de gran puerta: la méta de cierto hipódromo: el *basta* de cierto charlatan: el tapaboca de cierto lenguaraz.

Respuestas remitidas.

¿Quién es el mas feliz?

—Espere usted á que reciba el correo de Cória.

¿Qué diferencia existe entre la antigua y nuestra literatura?

—La misma que háy entre la sandalia y la bota.

¿Por qué son verdad los refranes?

—Porque son astillas del árbol de la verdad.

¿Qué son los satélites?

—Lobanillos de los planetas.

¿Por qué tantos llevan anteojos de cristal natural?

—Porque culpan á sus ojos de la oscuridad de su cerebro.

¿Es fabuloso el principio de la historia?

—Tanto como el lujo de nuestras solteras.

¿Para qué sirven los cometas?

—Para dár una leccion de constancia á las mugeres: llevan cola desde tiempo inmemorial y no conocen las botitas imperiales.

¿Qué es el anillo de Saturno?

—Perdone usted, que es sortija.

R. TEJADA Y ALONSO.

Respuestas á preguntas de este periódico.

La Música.

Es la reina de las artes por que es el lenguaje más vago y más ideal. El que se aleja más de los modos de la materia insuficiente, y pásela más y mejor por los contornos de la sublime mansion del sentimiento. Es el canto del áve del bosque. El más sublime de los lenguajes tiene que comenzar por dejarse de palabras.

La Historia de España.

Lá del P. Mariana no tiene absolutamente nada de fabulosa en su primera parte; lo que háy es que nadie ha querido explicarla. En el discurso de esta obra se hará ver esto más claro que la luz del día. Estamos creyendo muchas tonterías.

Los refranes.

Son verdad porque en el universo todo tiende á la unidad, no caprichosa, sinó filosófica. El ignorante piensa por un diluvio de ideas inconexas; el hombre entendido por menos; el sábio por menos; el ángel por menos; Dios es la idea única. El pueblo, buscando instintivamente esa idea única; conociendo su mérito, necesidad y elocuencia, há hallado esos teoremas que se llaman refranes. La naturaleza no há descuidado la instruccion pública: su catedrático es el tiempo; su libro de texto la experiencia. Todo hombre aborrece la ignorancia. Más, es imposible.

¿Qué es lújo? ¿Debe tolerarse?

1.^o—El capital necesario *absolutamente* para la vida debe sér *absolutamente* respetado. Es el alimento natural.

2.^o—El capital en circulacion no puede tocarse sin hacerse réo de gravísimo delito. Es vuestro crédito y él de vuestros corresponsales.

3.^o—El fondo de reserva para el caso de una desgracia, el porvenir de vuestra casa, etc. etc., es sagrado. Es la partida de imprevistos.

El lújo que consume estos capitales és esencialmente criminal.

4.^o—Del sobrante, cubiertos estos capitales, puede emplearse en el lújo lo que se quiera: sinó las artes y el progreso son un imposible. Pero con una condicion: escuchádlas bien.

Tanto dinero como empleéis en vuestro lújo debeis dedicar á la caridad. ¿Os sobran mil duros? Gastád, *sin vicios*, quinientos: enviad otros quinientos á los pobres.

Por ley sagrada el sobrante és de nuestros hermanos: ahora bien, dádselo, la mitad en limosna, la otra mitad en trabajo.

Me encontré cierto dia con un sugeto, muy enemigo del lújo. Lanzaba dardos de fuego contra tal vicio.

Al oír mi teoría se asombró completamente.

Yó, para saber la suya á mi gusto, fuí á su casa. Apenas pisé aquellos umbrales continuó aquél buen señor con su eterno tema.

—¿Qué hora és? le pregunté.

—La una, me respondió, sacando su cronómetro de oro. Miró á su reloj magnífico de sobremesa y á su péndulo inglés de pared, y prosiguió:—La una y un minuto, efectivamente.

Estas últimas palabras las pronunciaba al ofrecirme un precioso sillón de terciopelo carmesí. Aquella casa estaba toda por tal estilo. Y á mis observaciones contestó el buen señor.

—Amigo mío: lo barato és lo mas caro, y ahora están las cosas como de bálde.

—Digelé que quedaba muy convencido.

Yó conozco á un hombre muy antiguo, que dice que el lújo mata á nuestra sociedad.

Digelé que pensaba yó del mismo modo.

Este hombre tiene un fuerte capital: se pásala las noches mirando sus montones de monedas de oro.

¿Gasta lújo este hombre?

Dice que guarda el dinero para el porvenir: tiene mi hombre 90 años.

El lújo que vá á la produccion extranjera és la muerte de la nación. Y el lújo que vá en vicios. Y él que és hijo del orgullo.

Problema á resolver.

¿Cuál és la fuente del sublime?

Preguntas á las que quiera responder.

¿Cuál és la filosofía de la teoría del crédito?

¿Qué efectos producirán en España los ferro-carriles?

¿Por qué el teatro no és hoy escuela, y si sólo espejo de nuestras costumbres?

¿Cuál és la causa de la decadencia de nuestro teatro?

Cénro de suscripciones en Madrid: la casa del Sr. D. Leocadio Lopez, calle del Carmen, núm. 29.

Los Señores del comercio de libros y particulares que deséen números de este periódico dirigirán sus pedidos á la Redaccion, Avellanos,—3-2.—Burgos, librando el importe.

Cénro de suscripciones en Burgos, la casa del Sr. D. Timoteo Arnaiz, plaza del Mercado, núm. 17.

REDACCION—BURGOS—Calle de los Avellanos, núm. 3-2.^o

DIRECTOR Y EDITOR D. José Martinez Rives.

BURGOS: IMPRENTA DE D. T. ARNAIZ, Plaza del Mercado, n.º 17.